

imperio que tiene la virtud sobre nuestras pasiones y flaquezas. Tomas pues vino á ser en el concepto público un ser privilegiado y un objeto de admiracion, y con tan justo ascendiente reformó á su siglo.

Las costumbres se resentian de la licencia y ferocidad de los bárbaros, desde que ocuparon la Europa; la ignorancia se extendia á todas las clases del estado; esta calamidad general recibió nuevo aumento con aquel cisma horroroso, en que cuatro antipapas se sucedieron sin interrupcion, y corrompieron los pueblos para ponerlos de su parte, autorizando la rebeldía y los delitos; el emperador Federico, heredero de las pretensiones que hicieron tan calamitoso el reinado del famoso Enrique, se declaró por enemigo de la iglesia, invadió sus estados, usurpó sus derechos, persiguió á los papas, y como el crimen armado del poder no busca justos que le aconsejen, sino cómplices que le ayuden, no virtudes que edifiquen, sino masas que destruyan; debió ser y lo fué en efecto indulgente con los vicios, con la anarquía y con el crimen. Tal era la situacion del siglo XIII, siglo en que para pasar como virtuoso, bastaba ser malvado con decencia. Pero se ha reparado que los tiempos de grandes crímenes son casi siempre los de grandes virtudes. La naturaleza como agitada y conmovida despliega entónces su poder, y si aborta monstruos que destruyan, tambien produce hombres grandes que contengan; tal fué la suerte reservada á Tomas; jamas hombre alguno pudo presentarse con mayor prestigio. Los ministros del santuario, envueltos en el general trastorno, necesitaban de un guía que los condujese; Tomas predica, escribe, les traza la senda que deben seguir, y es el reformador de la disciplina eclesiástica. Guillermo de Santo Amor deprime al estado regular en sus escritos, y Tomas le confunde con su hábito y su pluma: la primera nobleza contaba entre sus privilegios el orgullo, la ambicion y el desenfreno; y Tomas con su abnegacion, su humildad y su pobreza les hace respetar las virtudes del Evangelio: la simonía habia adquirido una existencia casi legal, y el célebre Federico tenia formada su tarifa; pero renunciando Tomas la púrpura y la mitra de Nápoles, llenó de oprobio con su ejemplo aquellas maquinaciones sacrílegas, y puso un freno á los profanadores del santuario; las desavenencias entre el sacerdocio y el imperio clamaban por un hombre extraordinario que las calmase; y Tomas con el as-

cediente de sus virtudes se dejó ver en medio de tantos desórdenes como un faro luminoso entre los horrores de un desierto. Roma busca un sabio, y Tomas es el oráculo que se consulta. El rey de Francia anhela por un hombre grande á quien confie asuntos de la mayor importancia; Tomas se halla en Paris, y es el profeta que pronuncia; aquí fué donde por la primera vez en esas mansiones régias donde tienen su asiento la adulacion y la lisonja, se rindieron homenajes á las distracciones de un justo: es bien sabido aquel *conclusum est contra Manichæos*, con que Tomas interrumpió la mesa del monarca, y no lo es ménos el respeto que mereció á Luis un sabio ménos ocupado de las honras que le dispensaba, que en defender los derechos de la religion combatida.

Por último un siglo de errores y de vicios necesitaba de un apóstol, este es Tomas; parece un Pablo en la rapidez de sus viajes; es un Jonas que convierte pecadoras Ninives; es un Samuel lleno de dignidad para anunciar la cólera del cielo; es un Job invencible, un José casto, un Tobías afable, un Ezequiel modesto, un Moises en fin agradable á los ojos del Señor: *Fuit gratus Deo*: esto ofrecí en la primera parte: hablaré ahora de su ciencia que fué la

SEGUNDA PARTE.

Un sabio es la produccion mas sublime de la naturaleza; su número es muy corto, como para darnos á entender lo prolijo de su formacion; pero la humanidad los necesita de cuando en cuando para llenar el vacío de nuestras flaquezas, y la religion los reclama en los tiempos de sus tribulaciones, en cuyos casos jamas los escasea el cielo, y entónces no hay cosa mas grande que un sabio, que colocado en medio de su siglo fija la atencion del mundo. Consideremos á Tomas en esta elevacion majestuosa, y teniendo presentes las circunstancias de su tiempo, admiraremos la extension de sus conocimientos, la pureza de su doctrina y los triunfos que por ella consiguió la iglesia; este es, señores, uno de los cuadros magníficos que honran á la especie humana, y que despiertan en el corazon del hombre sentimientos de admiracion y reconocimiento; la voz de los siglos y de las naciones dictarán este elogio, sin reservarme otro mérito que ser su intérprete.

Es bien sabido que los bárbaros del Norte, destruyendo el Capitolio y rompiendo el cetro de los césares, trastornaron toda la Europa hasta en sus fundamentos. La invasión de aquellas hordas salvajes no fué otra cosa que una marcha rápida precedida del terror y la muerte, y acompañada de laureles y de triunfos. Se pasmaron las naciones al verse repentinamente oprimidas con un cetro de hierro bajo la dictadura de los caprichos y de la ferocidad: y no ménos admirados los mismos bárbaros de la rapidez de sus conquistas y de la poca ó ninguna resistencia de los romanos, atribuyeron la debilidad y cobardía de estos á su gusto por las artes y las ciencias. Motivo suficiente en su concepto para que las detestasen con horror, y prohibieran á sus hijos toda especie de cultura como una afeminación peligrosa: de aquí provino aquella gloria extraña de honrarse con el nombre de bárbaros, título para ellos el mas lisonjero y glorioso, y que llevaron hasta el extremo de hacer alarde sus pequeños soberanos, llamados barones, de ignorar aun el arte mezquino de escribir.

Los usos, costumbres, inclinaciones y gustos del vencedor han sido siempre la regla de los vencidos; despreciada la literatura por aquellos conquistadores groseros y feroces, perseguidos los sabios, y recibiendo culto la ignorancia, ¿qué podía esperarse de unos pueblos subyugados que encontraban cerradas las fuentes de las ciencias, autorizado el suicidio de los talentos, y abierto el sepulcro á la razón? Bajo este sistema degradante corrian los siglos, y agolpando los unos sobre los otros el fondo de ignorancia que habian contraído en sus respectivas épocas, se formó una masa enorme de barbarie que oprimiendo los espíritus, los dejó en una especie de inmovilidad estúpida; enmudeció la Europa; se acobardó la virtud que gusta de las luces y las ciencias, y buscó la soledad llevando consigo los preciosos monumentos de la antigüedad, para preservarlos del comun naufragio y consultarlos en el silencio. No trato, señores, de confundir en este cuadro triste las ciencias en comun y la literatura eclesiástica con la doctrina de la iglesia, cuya indefectibilidad está garantida por una palabra omnipotente: en medio de estas tinieblas resplandeció de un modo admirable la infalible promesa del Señor, conservando entre ellas, y haciendo llegar á nuestros tiempos su doctrina tan pura y tan limpia como salió de la boca de Jesucristo. No, ni extinguieron ni pu-

dieron extinguirse las lámparas del santuario; los pontífices, los concilios y los obispos conservaron esta luz y la propagaron.

Pero esta misma iglesia no podia ménos de gemir al ver difundirse aquellas espesas sombras por todo el occidente desde la irrupción de los bárbaros; y ¿qué remedio podia aplicarse á este general embrutecimiento? Despues de extinguidas aquellas gloriosas lumbreras de los Crisóstomos, Gerónimos y Agustinos, aunque es verdad que se vieron brillar de cuando en cuando los Cirilos, Teodoretos, Leones y otros; pero jamas apareció la literatura sagrada con su antigua riqueza y esplendor: esos hombres privilegiados que se dejaban ver en la oscuridad de los siglos, eran los rayos fugitivos de una luz que se consume. La división del imperio por Teodosio en oriental y occidental, con la que quedó roto el comercio de los griegos con los latinos; las continuas invasiones y guerras siempre funestas á las ciencias; y la falta de medios para adquirirlas, como son las escuelas públicas, el estímulo, los libros y el papel, aumentaban las tinieblas y fijaban la ignorancia; ¿qué estudios podrían hacer los eclesiásticos de aquella edad, en que saqueadas sus iglesias y despojados de sus bienes, se veían en la necesidad de mantenerse del trabajo de sus manos? Eran pues tan pasmosos los progresos que hacia la barbarie cada dia, y se profundizaban tanto sus raíces, que no era posible arrancarlas en pocos años, ni bastaba la vida de un hombre aislado, por mas activo y eminente que fuese.

Y si no ¿cuáles fueron los resultados en el siglo VI de los vigorosos esfuerzos con que Casiodoro, Boecio y san Gregorio el Magno, auxiliados del poder supremo, se empeñaron en formar el gusto y fomentar el estudio de las ciencias; cuando el papa Agaton en el siguiente, en su carta sinódica dirigida á los padres del concilio VI^o general y III^o Constantinopolitano se lamenta con dolor de la rudeza y mucha ignorancia de los eclesiásticos del occidente, y desconfía del corto número que acompañan á sus legados, debiendo ser los mas eruditos que encontrase? Estos son los tristes resultados de aquellas laudables tentativas. No fueron mas felices las de Carlo Magno, Alcuino, Eginardo, Paulo Diácono y algunos otros justamente conocidos por hombres doctos, atendida la instrucción que se lograba entónces; cuando nos presenta la historia al siglo X para oprobio

de la razon humana; siglo *nullum indoctius vel infelicius*, el mas rudo é infeliz de cuantos le habian precedido, que dicen los sabios, así como el siguiente es llamado por Baronio *seculum ferreum*, siglo de hierro.

Tales fueron los progresos de la ignorancia, y tal el embrutecimiento que tenia encorvados los espíritus, y sin accion los talentos, cuando las Cruzadas y una feliz combinacion de sucesos empezaron á disipar en la Europa aquellas vergonzosas tinieblas, dándole á la razon nueva tendencia y energía. Estos primeros movimientos debieron ser débiles y perezosos, como los lánguidos esperezos de un enfermo muy postrado que empieza á salir de un letargo profundo. Pero el impulso estaba dado, y el tiempo auxiliado de algun genio superior y extraordinario debia reglar la marcha de los conocimientos humanos, y principalmente de la teología y ciencias eclesiásticas. En este estado llegó el siglo XIII, levantó la voz, presentó á Tomas, y guardó silencio.

Desde luego fijó este hombre la atencion pública; sus talentos llegaron á ser un problema *natura contentio*, como del gran Basilio decia el Nacienceno; tomó en la sociedad la elevacion que le correspondia, y se conoció que este era el sabio que el cielo compadecido destinaba para enjugar las lágrimas de la iglesia, sacar las ciencias del sepulcro donde yacian, ilustrar á un siglo inmoral y bárbaro, y dar lecciones al mundo: ¡empresa sublime! pero que su feliz resultado ofrece á la razon humana un cuadro magnífico que la honra.

Casi todos los hombres grandes nacen con una especie de instinto que los arrastra sin ser dueños de sujetarlo; este es uno de los enigmas inexplicables de la naturaleza. Hay algunos que dotados de una imaginacion sombría y de un pensamiento solitario, no salen fuera de sí mismos; allí se nutren, y allí se extinguen: son semejantes á aquellas divinidades del paganismo, que colocadas en los bosques pronunciaban sus oráculos en la oscuridad y las sombras. Hay otros, y son los mas, de un espíritu porfiado y fuerte, que apoderándose de un objeto científico, se ligan á él de tal manera, que jamas lo dejan hasta salir eminentes en aquella ciencia. Pero son muy raros aquellos cuyos talentos no conocen límites que los contengan, y abrazan todo lo que el espíritu humano puede pensar, como si hubieran nacido para engrandecer la razon del hombre.

Tal fué el instinto de Tomás: él siente una inquietud secreta que le devora, un peso importuno que le impele, y como si creyera que se habian confiado á sus manos las llaves del santuario de las ciencias, se acerca con pasos trémulos á este solitario recinto, ve los estragos que ha hecho la ignorancia, se propone repararlos en cuanto le sea posible; y al efecto se apodera de los monumentos que se habian salvado de aquel funesto naufragio. El pórtico y liceo le entregan sus producciones, el claustro los escritos de los padres, la piedad le inspira sus sentimientos, la religion sus verdades, la elocuencia sus brillos, y la iglesia la pluma para que la defienda. Leyó Tomas, y ya supo; se apoderó como por sorpresa de las ciencias, y fué un sabio; su memoria tenaz y feliz retenia para siempre lo que una vez leía, y la transformó en una biblioteca inmensa.

Registró las escuelas públicas, y en lugar de sabios, encontró gramáticos y dialécticos; no sin espanto vió que aquellos disputadores frívolos, á imitacion de los hijos de Israel en el desierto, tributaban un culto insensato á un ídolo extravagante; hablo de la veneracion que profesaban al filósofo de Estagira. Sí, Aristóteles era el Dios de las aulas: este el oráculo que se consultaba, y hasta los misterios de la religion eran despreciados si no se conformaban con su doctrina. Tan sacrilega apoteosis deshonoró á las ciencias y afligió á la iglesia. Arrio sacó sus errores de los escritos de este filósofo, dice san Ambrosio: Gilberto Porretano, Abelardo y Berengario extrajeron los suyos de la misma fuente. No sé si diga que los escritores antiguos temieron impugnar al maestro de Alejandro; sea de esto lo que fuere, Tomas no pudo permitir que permaneciese por mas tiempo recibiendo adoraciones tan impuro simulacro; é indignado como Moises á la vista del becerro que arrojó de sus aras, le redujó á polvo, y mezclado con agua lo dió á beber á los israelitas, del mismo modo Tomas deshizo al discípulo de Platon, le refundió, y aquellas doctrinas de que ántes se valian los enemigos de la religion para combatir sus verdades, mezcladas con el agua pura de las suyas, las presentó á los sabios para que las bebieran con seguridad.

Estos primeros ensayos de la fecundidad de su pluma fueron el feliz pronóstico de la inundacion pasmosa con que debia regar el campo de la iglesia. Ciertamente, señores, que ahora es cuando siento todo el peso del ministerio que se me ha en-

cargado : no se puede presentar á un orador una materia mas vasta ; es imposible decirlo todo , y nada quisiera omitir ; los escritos de Tomas existen , registradlos , y suplid con vuestra instruccion la rapidez de mi elogio . No se conoce un doctor que en tan corto tiempo haya escrito tanto . Filósofo , teólogo , jurisconsulto , humanista , político , escriturario , no hubo materia en que no ejercitase su valiente pluma , sin que bastasen cuatro amanuenses , á quienes dictaba á la vez sobre diversos asuntos , para agotar su fondo . San Gerónimo considerando la fecundidad de san Pablo , desahoga su admiracion llamándole biblioteca de la Divinidad ; yo llamaré á Tomas de Aquino una universidad completa ; porque ¿ qué no supo ? ¿ qué no hizo ? ¿ qué no escribió ?

Si el paganismo que se notaba en la Europa , efecto de las invasiones repetidas y de la mezcla de tantas naciones diferentes , necesitaba de un Tertuliano para que le confundiese con su apoloético , Tomas escribe la Suma contra gentiles , obra prodigiosa solo comparable con la Ciudad de Dios del grande Agustino . Si explica la Escritura santa , parece que el Cordero del Apocalipsis tenia levantados en favor de este hombre los sellos de aquel libro adorable . Isaías por su oscuridad misteriosa y divina habia asustado á los antiguos padres , y contentándose con fijarse mas particularmente en algunos pasajes , le dejaron á la posteridad : Tomas le explica y en su elevacion majestuosa halló un Evangelio anticipado .

Los grandes ingenios comunmente son melancólicos ; acaso seria esta la razon porque gustaba de Jeremías y del santo Job , verdadero símbolo de la humanidad paciente , y empleó su pluma en expresar los lamentos del dolor y los cánticos del sepulcro . Si interpreta los Salmos , parece un Gerónimo en la gruta de Belen , ó el mismo David entonando himnos al Dios de sus padres entre el ruido de los torrentes y la soledad del desierto . Si escribe sobre las Epístolas de san Pablo , es un nuevo doctor de la gracia ; si sobre los Evangelios , es un océano de erudicion inmensa ; confiado en su memoria dictó esta grande obra sin registrar un libro , pero sin equivocar ninguno de los infinitos pasajes de los padres griegos y latinos de que se compone . Y ¿ qué diré del admirable Oficio del corpus , que Urbano IV le mandó componer para celebrar de un modo digno el sacramento augusto de nuestros altares ? Parece que el amor di-

vino se junta á sí mismo : y acaso no habrá un cristiano que pueda reprimir la expansion de su alma , al resonar en el templo esa secuencia y esos himnos sublimes donde se mezclan los sentimientos de piedad y las bellezas poéticas con la majestad del misterio que se adora . No penseis que trato de haceros un resúmen de sus obras ; para esta empresa se necesitaba de Tomas mismo : pero no puedo dispensarme de hablar dos palabras acerca de su Suma .

Necesitaba la iglesia de un cuerpo unido y completo de teología metódica y sublime que desterrara la ignorancia , y fuera el baluarte contra la herejía . Los santos padres no escribieron ningun tratado seguido sobre esta facultad ; exposiciones , cartas , homilias é impugnaciones á los errores de su tiempo ; estas eran sus obras ; no se conocia la imprenta , y reducidas á manuscritos , era necesario para saber , reunir multitud de ellos , cuya adquisicion no era fácil , y aun cuando lo fuera , la pereza y la ignorancia los hacia inútiles . San Anselmo se propuso reparar esta falta y lo consiguió en parte ; siguió el célebre Abelardo perfeccionando el método , y su discípulo Pedro Lombardo adelantó un poco mas , pero se quedó muy corto ; sin embargo esta obra aunque tan mezquina mereció la celebridad y se tuvo por un portento . A Tomas de Aquino estaba reservado dar la perfeccion y complemento á esta grande empresa , tan necesaria á los sabios y á la iglesia : reunió un número prodigioso de manuscritos , los leyó todos , los supo todos y formó la Suma . Apareció en el mundo literario este monumento grande del ingenio humano : las universidades y colegios , los sabios y maestros , todos quedan suspensos al ver esta produccion inimitable , y como transportados á una region de ideas desconocidas , y atentos á un volúmen inmenso de objetos que se desenvuelven á su vista de un modo nuevo , no saben dónde fijar su consideracion , sin que les embargue la sorpresa .

Por mí siempre que me ha ocupado esta reflexion , he juzgado realizarse con la Suma lo que dice Esdras de aquellos 70 volúmenes que debian comunicarse á los sabios ; porque si consideramos sus cuestiones , *in his enim est vena intellectus* ; vemos que el ingenio del autor es admirable por su invencion , órden , claridad , precision y fuerza : si buscamos el fondo de doctrina en la multitud de sus artículos , *et sapientie fons* , hallaremos un raudal copioso de sabiduría ; en ellos se explican